

PEDRO CANO SIETE



VERÓNICAS
MURCIA

*A mis hermanos Pepe y Jesús.
Gracias por haberme ayudado a
llegar hasta aquí.*









Bari es una bellísima ciudad del sur oriental de Italia, de la amable y ascética Puglia, poco conocida por los grandes flujos turísticos. La domina un castillo sereno y en pie, símbolo de una vieja resistencia de carácter. La brisa popular que trae escamas de pescado y sortijas de cefalópodos secos se posa sobre la ciudad blanca, africana, algo soñolienta. Allí los ecos de los pasos medievales por el adoquinado reverberan en aquellas calles a sol y sombra, donde los geranios en puertas y ventanas sirven como puntos de orientación. Allí arribó a principios del último decenio del pasado siglo un barco con miles de refugiados albaneses, que huían de la guerra balcánica. Pedro Cano, emblemático pintor de Blanca, y referente del arte murciano tanto a nivel nacional como internacional, rememora aquellos sucesos rescatando bocetos, anotaciones y recuerdos de la época; siempre latentes en su día a día a lo largo de los años. Hecho que marcó el punto más álgido de la solidaridad occidental con los refugiados. Un aparente final feliz que sólo quedó fijado en las fotos de aquel día, porque a partir de entonces esa solidaridad europea tomaría una suave pero imparable pendiente inclinada...

Resulta del todo oportuno que la maestría de Pedro Cano haya recuperado de su memoria a aquellos rescatados de hace casi treinta años, porque son una gran metáfora, con un presagio escondido, de lo que ocurrió luego en el mediterráneo, de lo que ocurre mientras leen estas líneas. Cano nos entrega una exposición en blanco y negro, esa bitonalidad tan representativa de lo que soñamos y lo que recordamos. Son siete trípticos que comparten una única narración común, formando así una secuencia de veintiún cuadros, con su planteamiento, nudo e intuido desenlace. En *Cargo*, un hombre que lleva sobre sus hombros a un refugiado, dentro de un contorno de *sfumatura* y transparencias donde casi parece escucharse vagamente los aplausos a la bella acción, queda, gloriosamente pintada, una Europa que fue y ya no es. Una Europa que ha cam-

biado la idea de diferente por la de extraño, y la de extraño por adversario. Una Europa que, por entonces, no temía por la preservación de sus señas de identidad ante la llegada masiva de otras gentes. Un futuro para quienes aquel día sólo significaba una vaga línea borrasca en el horizonte, línea borrasca a la que parecen mirar esos pobres albaneses colgados del muelle del puerto en otra obra arquetípica de esta exposición, la titulada 'Espera'.

En tan sólo siete trípticos, Pedro Cano ha logrado sintetizar y plasmar con gran maestría, la sensibilidad occidental europea hacia los necesitados. El más universal de nuestros pintores expone estos cuadros en Verónicas para recordarnos que la solidaridad hace noble a la raza humana y que lo más importante, por encima de todo, son las personas. Aquella solidaridad que daba y no preguntaba. No. Así fue la Historia real. En Bari, Italia. En Europa, en el último decenio del siglo pasado. En el mundo. Hoy es otro muy distinto.

Miriam Guardiola Salmerón

Consejera de Turismo y Cultura
Región de Murcia



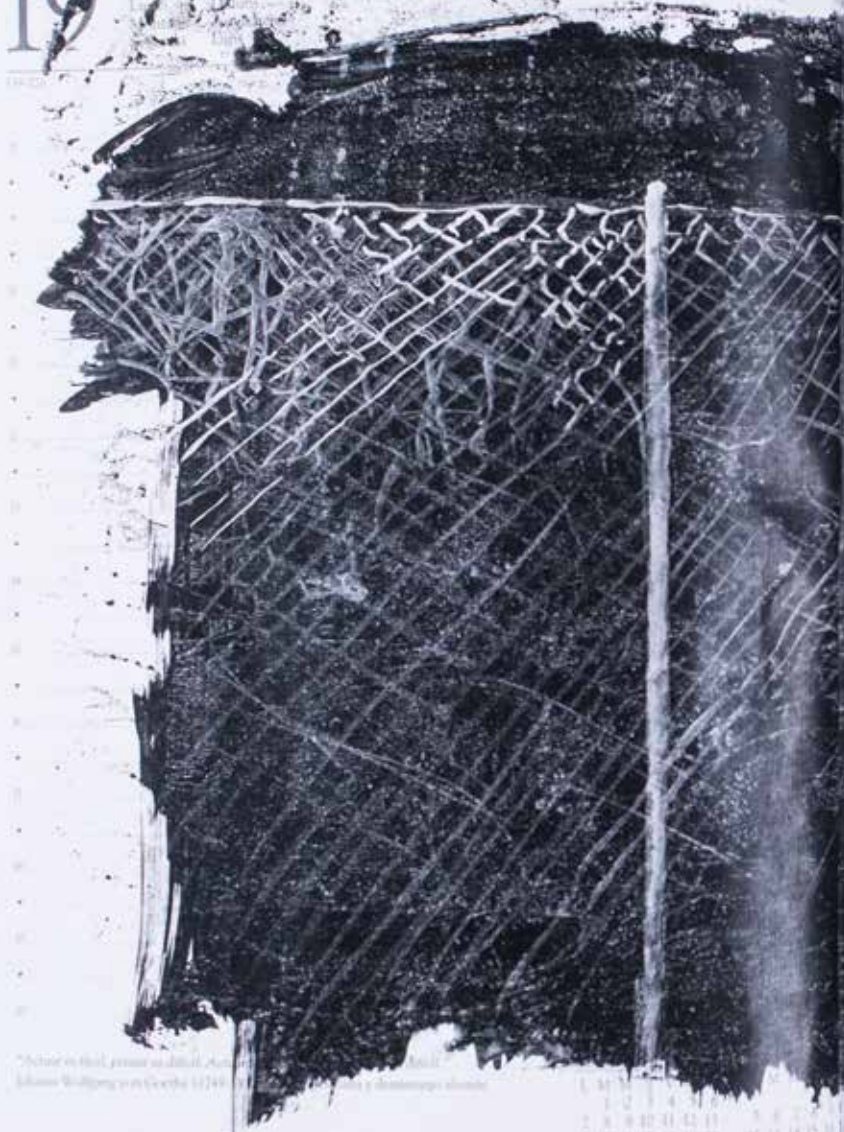


19

Lunes

Mardi

Mardi



"Detail of the grid from the drawing 'The Grid' by Antoni Gaudí, 1900-1910. The drawing is a study for the Sagrada Família in Barcelona, Spain.

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31
---	---	---	---	---	---	---	---	---	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----	----





























**PEDRO
CANO
SIETE**

**VERÓNICAS
MURCIA**

SIETE

PIO BALDI

Director de la Accademia Pontificia
dei Virtuosi al Pantheon

Los Trípticos de Pedro Cano están formados por una serie de partes que, como las teselas de un mosaico, llegan a componer una única y gran obra emocional y evocadora en la cual todas las piezas son igualmente indispensables para definir el sentido de la composición.

El recorrido comienza con *Interno*, una arcana residencia hecha de paredes oscuras y transparencias veladas por cristales en los que se mueve una figura femenina carnal y concreta, aunque al mismo tiempo abstracta y misteriosa porque no se ve la expresión de la cara ni se puede saber el motivo de su presencia o el plan de sus intenciones.

Misterio que envuelve muchas de las obras de «Siete», en las cuales los protagonistas humanos quedan a menudo suspendidos en una atmósfera enigmática, casi gobernados por un destino ineluctable que determinará su futura y desconocida suerte.

Así es en *Espera*, el drama latente que envuelve a todas las figuras queda diluido por el modo abandonado de los personajes. En ellos se concretiza una expectativa que parece predestinada hacia un final incierto.

También *Salto*, que ya en el tema contiene el resorte agresivo para la superación del obstáculo, se ha desarrollado con tonos ligeros y casi ralentizados. La verdad es múltiple, parece dar a entender el artista: existe el drama, pero existe al mismo tiempo el resultado positivo de superación de la dificultad.

Bellísimo *Cargo*, que narra la generosa caridad de la acogida, de la protección, de la integración, con los socorredores que con serena determinación transportan sus fardos humanos hacia el puesto seguro de una piedad misericordiosa. También aquí las posibles señales semánticas se multiplican y se contradicen: altruismo contra dolor, resolución contra abandono; pero nosotros advertimos que, a pesar de todo, los transportadores no serán detenidos y llegarán a un puerto seguro del que nadie podrá alejarles.

Y además, *Trabajo, Juego, Bicicletas*, los temas de la vida son explorados con la atención, sólo en apariencia vaga, del artista que sin embargo concentra vitalidad y energía latente en sus representaciones.

En esta capacidad de generar mensajes complejos se basa la atmósfera poética de la obra de Pedro Cano, el cual, no obstante el realismo de las composiciones, no sólo describe sino sugiere, estimula, festeja, suministra significados intensos como ensamblajes.

De este modo las escenas se vuelven ricas de esas alusiones múltiples que son la sustancia de la obra de arte representando mundos diversificados y vivamente evocadores.

El grandioso blanco y negro con la multitud de grises *chiaroscurati* otorga al conjunto un áurea contemporáneamente solemne y magnífica.

2 de marzo de 2019

LA VIDA EN BLANCO Y NEGRO

ANTONIO ARCO

Imagínese a Pedro Cano junto a usted. Mitad silencio, mitad esa voz suya de entusiasta viajero del arte que te contagia la admiración por la pintura, por la belleza del mundo en volandas, por el misterio esquivo de la vida; esa misma voz que, de pronto, frena en seco y deja paso a un lamento que brota de lo más hondo: el lamento que lleva sobre sus espaldas, o abrazados a él, los dolores y las tragedias que el pintor ha ido también contemplando a lo largo de sus viajes, aventuras y recorrido vital, y que han terminado quedándosele adheridas de algún modo enigmático en el alma. Y ya no le abandonan nunca. Como no le han permitido olvidarse de ellas unas imágenes de carne y hueso que, en el verano de 1991, le impactaron de un modo tal que algo se quebró en su ser más profundo, dejándole abierta una herida que se alimenta con cada una de las injusticias que contempla, con cada atrocidad que le violenta y le interroga, con cada nuevo ahogado, mientras perseguía la ilusión de una vida más digna, en ese cementerio marino en nada parecido al que cantó en sus versos Paul Valéry en que se ha convertido el Mediterráneo. En agosto de ese año, un contingente de diez mil refugiados albaneses, desesperados, arribó al puerto italiano de Bari a bordo de la motonave *Vlora*. Pedro Cano, sobrecogido por las deplorables condiciones en las que llegaron a una tierra donde no se les esperaba en absoluto con los brazos abiertos, pintó unas escenas terribles en unos papeles, que todavía parecen temblar cuando los admiras entre tus manos, en los que se encuentra el germen de *Siete*.

Ahora, pasados tantos años, delante de nosotros está el tríptico *Interior*, de un misterio abrumador, bellísimo como lo es un desmayo cuando te libera de un dolor extremo y te salva la vida. Interior con cuerpo desnudo de mujer. Uno y todos los cuerpos de mujer...; ahí están reflejados, admirados, todos los cuerpos que aman y padecen, enloquecen, huyen, abrazan, se odian, se miman, se retan. Mi cuerpo te dejo, mi cuerpo te doy.

El interior de un sueño, de unas ruinas, de una casa que quién sabe las carcajadas que acogió en los días de celebración, o cuántos recién nacidos llenaron de llantos sus estancias... Nuestra memoria está habitada por las brumas. Las brumas no dejan ver la herida. Fuera de ti, fuera de esta calle estrecha, de esta casa deshabitada o apenas habitada por el recuerdo de lo que un día fuiste, la vida prosigue su paseo.

Pedro Cano se ha imaginado muchas veces adentrándose, de manera casual o intencionadamente, en una casa deshabitada. Sí, eso es, y así, una vez atravesado el umbral tras el cual un día existían allí la pasión y la furia, «sentir los propios pasos e imaginarte que no son tuyos, que alguien deambula entre el corredor y las ventanas que dan al patio central». Lo escucho contar esta historia, en mitad de una luz apacible que se ha acomodado junto a ambos en esta estancia maravillosa que es su estudio de Blanca. «Una mujer sale de una habitación. Está sola o, al menos, si está acompañada esa compañía forma parte de su vida. Empieza a amanecer...», relata. Y continúa volando su imaginación: «No podemos averiguar en qué estación del año se desarrolla este momento. Aunque haga frío está desnuda, pero no le importa el contacto con el aire que la acaricia». Pero eso no parece importarle a la mujer del cuadro, a la mujer que nos llama desde dentro de esas sombras, y que tan solo está arropada por «la débil luz que entra a través de las hendiduras de las persianas que la protegen». No sabemos de qué se protege, desconocemos sus secretos, pero quisiéramos saber de ella, poder escucharla, preguntarle si necesita algo. Saber que está bien, eso es.

No es cómoda de ver esta exposición de Pedro Cano, *Siete*. No es amable, no rema a favor de dejarse arrastrar por las obras hacia el territorio del puro placer estético sin más. No, no encierran las obras aquí expuestas, a modo de una sagrada procesión de hombres y mujeres dignísimos, con sus cruces del siglo XXI a cuestas, un bullicio de lavanda recién cortada, ni un desfile de riachuelos de agua fresca, ni un baile de domingo en el que se aman los jóvenes, y las calles y plazas se llenan de besos, deseo y repicar de campanas en favor del gozo. Estamos ante una exposición que no oculta su vocación de grito mudo, su temblor ante tanta injusticia, su malestar profundo, su denuncia sincera y honesta, las lágrimas reprimidas, la incompreensión...; no es tan raro que el desasosiego también se apodere del espectador, ni que cobre fuerza el anhelo de escapar de la sala, confundirte de nuevo entre la gente, el ajeteo del mercado, los saludos a los conocidos, las pequeñas rutinas cotidianas.

Fíjese, ahí está el tríptico *Espera*. Infinita, una espera espesa, sin ningún final feliz garantizado. Una espera de sinsabores que se asemeja a una lluvia pertinaz que nos baña la cara sin traernos de paso alguna buena nueva. No estamos sobrados de buenas noticias. Y las que se van conociendo siembran el pánico. No tiene tampoco razón el poeta Dylan Thomas, y bajo las ondulaciones del mar, ateridos de frío, los que yacen tendidos morirán aterrados. Es el pan nuestro de cada día, los ahogados que jamás alcanzarán la gloria de esa nueva vida que perseguían.

Pedro Cano mira a sus propios personajes, a los que ha dotado de vida y de una realidad que parece moverse inquieta en los cuadros. «Todavía no han podido llegar donde se dirigen, aunque a veces el final del viaje no viene indicado en el billete, porque no llevan billete ni equipaje», explica el pintor refiriéndose a ellos, como si los conociese bien, como si fuesen carne de su carne occidental y privilegiada, como si le doliese su futuro enterrado, la tormenta violenta que se cierne sobre legiones de desplazados, hambrientos, perseguidos, repudiados.... «Sólo poseen el deseo de vivir en un mundo mejor del que han dejado atrás», añade. La experiencia es impagable: la pintura hecha carne, convertida en puerta abierta por la que se cuelan la conciencia, la humanidad, la piedad o la sinrazón.

–«¿Los ve?», me pregunta.

Nuestros prójimos pintados en *Salto* están dispuestos a asumir riesgos, a jugarse la vida, a dejar de ser. Que el precipicio sea su última morada puede que sea mejor que fallecer día a día. Que quede la nada detrás, el desvarío, que queden detrás las coronas de espinas, las hogueras apagadas, la sequía en los campos y en las palmas de las manos, los fusiles ensangrentados...; y llegan dispuestos a dejarse querer por una nueva oportunidad que les ofrezca la vida, dispuestos a cambiar puñal por flor, amargura por agua de coral.

Saltos a vallas. Cruzar con pánico las fronteras. Golpes. Rechazo. Noche oscura del alma, aterrada. «Lo tienen muy difícil», lamenta Pedro Cano, «pero el riesgo se impone a la miseria dejada atrás».

Hacemos una pausa. Respiramos el aire que baja a saltos desde los cerros y que trae noticias de última hora del fluir del río y de las primeras floraciones. Escuchamos el elegante caminar de los gatos por los tejados. Notas el desfile de la sangre por tus venas. Estás vivo. Hay gente que te quiere. Tienes sueños por cumplir.

«A veces nos lamentamos por la carga cotidiana que nos da la vida», indica el pintor. «Otras personas cargan con fardos humanos que transportan a lugares supuestamente más seguros», me dice señalando a su tríptico *Cargo*. Una obra demoledora. Ya no se escuchan las pisadas felinas juguetonas, y vuelve tu corazón a encogerse. Sonríe Pedro Cano. Su sonrisa acoge la esperanza en un futuro mejor, pese a todo. Su sonrisa se expande por los huertos a través de las cristalerías y de los espejismos que dibujan los rayos del sol: «Me gusta que exista esa solidaridad y ese heroísmo que día a día se repiten en lugares que hasta hace poco eran escenarios de cotidianidad y equilibrio». La guerra es que lo destroza todo, empezando por la fe en nuestros semejantes.

Pedro Cano me cuenta una historia. Ahora contemplamos el tríptico *Trabajo*. Me la cuenta en susurros, como para no molestar al azul del cielo que nos reconforta. «Me dijo un joven santón indio, en la ciudad rosa de Jaipur, que para ser feliz tenía que seguir tres de sus consejos».

–«Me interesa mucho esta historia, ¿qué tres consejos?», le pregunto.

–El último fue trabajar hasta que tu cuerpo lo soporte. Aparentemente, ciertos oficios no conllevan grandes esfuerzos físicos, pero es un gran desafío afrontar día tras día, con ilusión, el pedazo de mundo que tenemos delante y que intentamos remendar o dibujar con nuestras manos.

Pedro Cano ha pintado en blanco y negro una exposición hermosa. Necesaria. Un informativo incendiario. Un golpe fiero a las conciencias. Una muestra donde la palabra *Juego* cobra nuevos sentidos, y las bicicletas que nos muestra son un himno a la infancia, la vida sencilla, el mejor cine italiano: De Sica, Pasolini, Rossellini... «Sobre todo a la rueda, que tanta importancia ha tenido para la Humanidad, he querido dedicar este tríptico, *Bicicletas*», precisa el artista.

Siete te conmueve. Te hiela. Vemos a nuestros semejantes acorralados como animales salvajes, castigados injustamente por el destino a pagar con su propia vida el hecho de haber nacido en el lugar erróneo. Rodeados de una especie de jaula invisible, de criptas laicas donde esperar el fin...; lanzados como náufragos sobre irrespirable islas desiertas en mitad del bullicio de nuestras sociedades digitalizadas. Los hay que están solos, encerrados en

una existencia sin futuro, abandonados, muertos de amor y de miedo, derrotados...; también ha pintado Pedro Cano, con una sencillez magistral, el coraje, la solidaridad, la bendición que supone que te ofrezcan una mano amigable.

No, no es fácil de ver esta exposición que ha llegado hasta nosotros como un milagro: desnuda de boatos. Verónicas se ha convertido en un altar contemporáneo donde se han ido acumulando los sueños rotos, los desengaños y una poderosa sensación de vértigo. Porque aquí, ahora, lo que nos ofrece Pedro Cano es una historia pintada, una historia sentida, una historia que va calando en el espectador como la arena de un reloj que, al final, te deja desarmado. Es una exposición cruda y poética al mismo tiempo, inagotable, cargada de una humanidad que sobrecoge y te golpea, por igual, estómago y cerebro. Un disparo, una flecha de fuego.

Salimos del estudio. Caminamos. Hablamos ahora de viajes, para relajarnos. Pedro Cano consigue con sus palabras que me traslade de inmediato a una isla griega. En ese espacio maravilloso, él pintaba a contraluz en una tarde irrepetible. Acababa de cesar de llover, «gotaba el cielo y daba la impresión de que la montaña se hundía en el mar. Parecía que se había terminado el mundo conocido y que asistía al nacimiento de un mundo nuevo». Lo recuerda feliz por el privilegio de «haber podido estar allí, con mi cuaderno, para traerme conmigo toda aquella belleza». Le pido que me lo muestre cuando regresemos. Seguimos hablando, de cosas de la vida, tan importantes los pequeños detalles como la constatación de que no estaremos aquí para siempre. Los pequeños detalles, eso es. Le recuerdo al pintor su debilidad por el olor a pescado. Qué curioso. Ni a oro, ni a incienso, ni a mirra. ¡A pescado! Eso es lo que hace que Pedro Cano sienta el impulso, cuando camina cerca del mercado murciano de Verónicas, de entrar para disfrutar, entre sus puestos cubiertos de hielo, de uno de los olores que más entrañablemente familiares le resultan –el pescado ha sido para su familia un medio de vida– y que más agrado le provocan. Eso, cuando está cerca de Verónicas, porque lo que no puede dejar de hacer, cuando viaja a Atenas, es acercarse a recorrer por la mañana temprano su monumental mercado central de pescados, «donde parecen estar vivos».

Pedro Cano explica sus obras como si se tratase de partes de su cuerpo, como si por ellas corriese de forma natural su sangre. Está orgulloso de su trayectoria de pintor y no lo oculta: «Doy cada día las gracias por ser pintor. La pintura apareció en mi vida cuando murió mi pa-

dre. La pintura también me protege, ha hecho que no me sienta desamparado. Cuando viajas solo, por ejemplo, con la pintura te sientes acompañado. Me he encontrado con personas maravillosas durante mis viajes que se han acercado a mí porque estaba pintando».

Y hoy, precisamente hoy, sigue el pintor creyendo «muy poco en la genialidad y mucho en el trabajo. La genialidad tú no la puedes controlar, pero el trabajo sí». Y continúa aspirando a vivir tranquilo, «sin que me den leña, sin peleas, sin malos rollos con nadie. No quiero enemigos, no quiero rivalidades absurdas, no quiero perder el tiempo con todo eso».

Sus vecinos lo saludan. Con mucho cariño. «No me veo sin pintar, y ahora menos que nunca. ¿Haciendo qué?, ¿dedicándome a la contemplación, a filosofar...? Yo no sé hacer otra cosa que pintar, y espero, incluso, que cuando llegue la muerte me pille con un lápiz o un pincel entre los dedos», dice Cano, que es muy consciente de que el tiempo no se detiene: «Sé muy bien la edad que tengo. No puedo hacer locuras, ¡ya me gustaría! Pero estoy bien, me sigo ilusionando y apasionando con la pintura como si detrás no llevase toda la mili que llevo ya en esto, y todo el mundo que ya he recorrido desde que un día salí de Blanca a la aventura...». «Cada vez que me acuerdo de esa frase de Marguerite Yourcenar, *el horizonte está más cerca*, siento que es verdad de una forma física», dice. Durante unos instantes guarda silencio. «Y, aunque sigo viajando», añade, «sobre todo para exponer y para dar cursos de pintura, se me va pegando cada vez más la tierra de Blanca en los pies. Por eso, porque tengo conciencia de que me queda un tiempo limitado, corto, intento no perderlo».

Hay días que se le han quedado grabados en la memoria, como ese de julio de 2008 en el que, en Florencia, donó uno de sus autorretratos a la mundialmente conocida Galería de los Uffizi, de cuya colección de retratos de artistas forma ya parte. O ese otro día en el que conversó con Juan Pablo II sobre el cuadro titulado *Abrazo del Papa Juan Pablo II y el cardenal Wyszynski*, un óleo sobre lienzo que formó parte de su serie *Abrazos* y que puede contemplarse en el Museo Vaticano, en Roma, una de sus ciudades amadas. Cae la noche como un fin del mundo sobre Blanca. Me voy alejando, pero se vienen conmigo, sin dejar de mirarme a lo ojos, todos y cada uno de los cuadros de *Siete*. Me acuerdo otra vez de Dylan Thomas: «El hombre rompió el sol, abatió el viento». Qué empeño tan estéril en destruir el paraíso que nos fue dado, en sembrar cizaña sobre la misma tierra donde crecen los manzanos y juegan inocentes nuestros hijos.





JUEGO









Jugar es el más bello de los inventos humanos para relacionarse, aprender y crecer. Jugar en la playa con la arena, donde el tiempo se encoje o se dilata con una autonomía propia. Nadie ha pintado a los niños que juegan junto al mar como lo hizo Joaquín Sorolla. He observado, cómo un montón de arena puede ser el resultado de un pozo que se llenará de agua para crear otro pequeño mar o el inicio de un castillo con torres y murallas. El blanco y el negro me ayudaron a despegarme del extraordinario pintor valenciano.





TRABAJO









Me dijo un joven santón indio en la ciudad rosa de Jaipur, que para ser feliz tenía que seguir tres de sus consejos. El último *fue trabajar hasta que tu cuerpo lo soporte*. Aparentemente ciertos oficios no conllevan grandes esfuerzos físicos, pero es un gran desafío afrontar día tras día, con ilusión, el pedazo de mundo que tenemos delante y que intentamos remendar o dibujar con nuestras manos.





B I C I C L E T A S









El cine es un compendio de muchas formas de hacer arte, además de ser la más democrática. No hay película que venga impuesta (como suele ocurrir con la música y, sobre todo, con las artes plásticas) si el pueblo no la siente. Vittorio De Sica junto con Rossellini y el primer Visconti fueron protagonistas del llamado Neorrealismo italiano. Un auténtico desafío al cine comercial americano. De Sica emocionó como pocos directores con una historia periférica donde la bicicleta era la protagonista. A la bicicleta y a la rueda como parte esencial del desarrollo de la humanidad, he dedicado este tríptico.





I N T E R I O R









Introducirse por caso o intencionadamente en una casa deshabitada. Sentir los propios pasos e imaginarte que no son tuyos, que alguien deambula entre el corredor y las ventanas que dan al patio central. Una mujer sale de una habitación. Está sola o al menos si está acompañada, esa compañía forma parte de su vida. Empieza a amanecer. No podemos averiguar en qué estación del año se desarrolla este momento. Aunque haga frío ella está desnuda, no le importa el contacto con el aire que la acaricia como la débil luz que entra a través de las hendiduras de las persianas que la protegen.

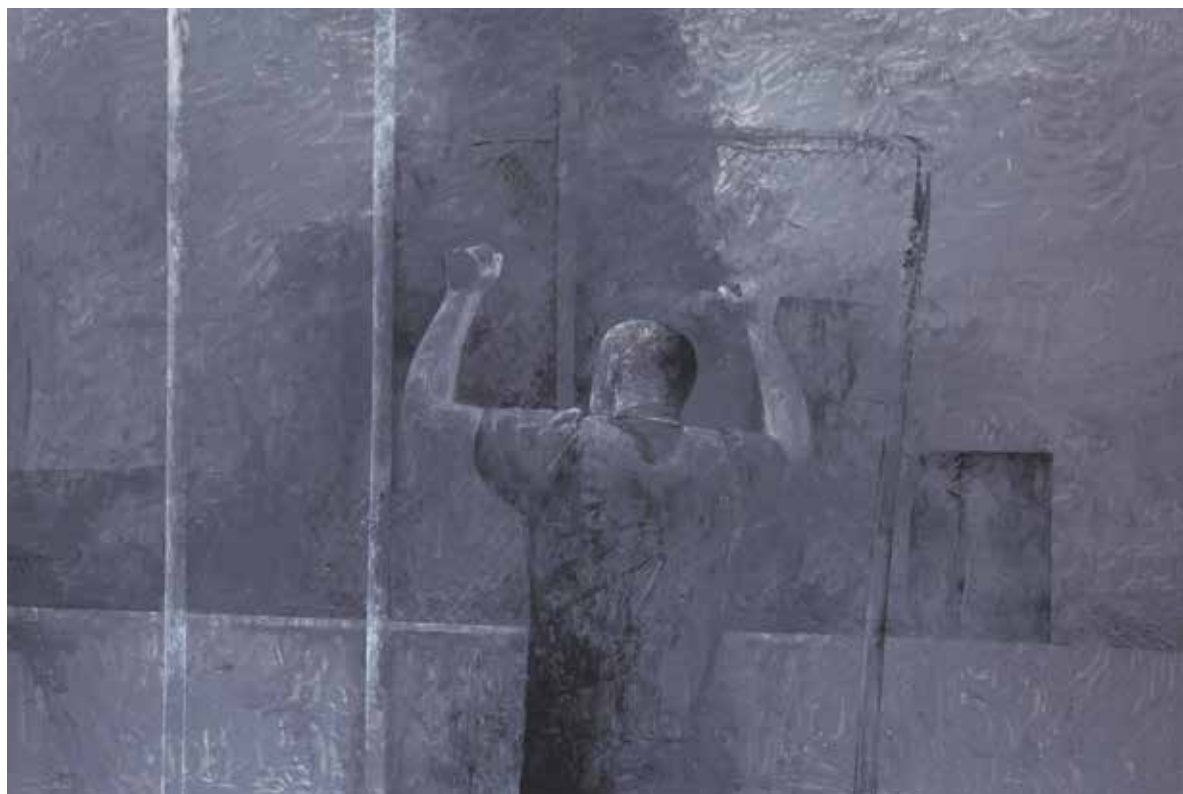




S A L T O









Han vigilado el escenario que le rodea. Han observado las dimensiones de las distintas celosías que a modo de cortinas les separan del objetivo. Como en una cucaña peligrosa llegaron hasta arriba y desde allí esperan a dar el salto. Va a ser difícil, pero el riesgo se impone a la miseria dejada atrás.





ESPERA









Hay que esperar. Todavía no han podido llegar donde se dirigen aunque a veces el final del viaje no viene indicado en el billete, porque no llevan billete ni equipaje. Solo el deseo de vivir en un mundo mejor del que han dejado atrás. Vienen solos, dejaron sus afectos cercanos en espera de poderles tirar hacia ellos a través de una cuerda invisible que traen enredada en forma de teléfono móvil. Hay que esperar.





C A R G O









A veces nos lamentamos con la carga cotidiana que nos da la vida. Otras vidas cargan con fardos humanos que transportan a lugares supuestamente más seguros. Solidaridad y heroísmo que día a día se repiten en lugares que hasta hace poco eran escenarios de cotidianidad y equilibrio.







COMUNIDAD AUTÓNOMA DE LA REGIÓN DE MURCIA

Fernando López Miras

Presidente de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia.



Miriam Guardiola Salmerón

Consejera de Turismo y Cultura

María Casajús Galvache

Secretaría General de la Consejería

Marta López-Briones

Directora General del Instituto de las Industrias Culturales y las Artes



Patrocina

Fundación Trinitario Casanova

EXPOSICIÓN

Rosa Miñano
Responsable Sala Verónicas

Mari Carmen Ros
Coordinación

Expomed S. L.
Juan Pérez
Montaje

Expomed S. L.
Transporte

Axa Art
Seguros

CATÁLOGO

Pio Baldi
Antonio Arco
Textos

José Luis Montero
Diseño y fotografía

Traducción
Pedro Luis Ladrón de Guevara

Tipografía san Francisco
Impresión

DL: MU 544 - 2019
ISBN: 978-84-15556-60-2
Fotografías © los autores
Textos © los autores

